

## **À LA PUREZA DE LA MIRADA, SE LE BRINDA LA BELLEZA DE LA CREACIÓN**

### **A. La belleza pertenece por excelencia a la templanza**

Dice Santo Tomás de Aquino<sup>1</sup>: “Aunque la belleza la poseen todas las virtudes, por excelencia pertenece a la templanza y por doble motivo. En primer lugar, en virtud de la noción más general de la templanza de la que es propia una moderada y conveniente proporción, en la cual consiste precisamente la belleza como demuestra Dionisio en De Div. Nom. En segundo lugar, porque lo que refrena la templanza es lo más bajo del hombre, lo que le corresponde por su naturaleza bestial, como veremos (a. 7 obj. 1; a.8ad 1; q. 142 a,4), y por lo tanto es lo que más degrada. Por consiguiente, la belleza pertenece sobre todo a la templanza que suprime de este modo especial esta vergüenza”.

Como bien comenta Josef Pieper<sup>2</sup>: “Huelga recalcar que la doctrina cristiana sobre la vida, no excluye de la esfera de lo moralmente bueno (no sólo de lo “permitido”) el goce sensual. En cambio, la idea de lo que primero de todo posibilita ese goce sea precisamente la virtud de la templanza, no deja de sorprendernos, y sin embargo se encuentra en la Suma Teológica, en la primera cuestión del tratado De Temperantia. En los animales, dice allí Santo Tomás, no se deriva ningún placer de la actividad de los sentidos, por ejemplo la vista y el oído, a excepción de los que se ordenan respectivamente a satisfacer el hambre y el instinto de aparearse; el león que acecha a su siervo u oye su rebano “se alegra” sólo por lo que el rumiante representan para él la comida. El hombre en cambio, es capaz de alegrarse de lo que ve y oye también *propter convenientiam sensibilium*, es decir, por la conformidad intrínseca de eso mismo con dichos sentidos, lo cual no es otra cosa que la belleza sensible.

### **B. Pero no es bella sólo la virtud, a la vez se embellece el hombre**

La virtud de la templanza que conserva y defiende el orden interior, tiene el poder de irradiar, tornándose visiblemente bella. Bien dice Santo Tomás: “No es bella sólo la virtud; a la vez se embellece el hombre”<sup>3</sup>.

La comprensión de esto supone entender el concepto en su esencia, es decir el sentido originario de lo bello. Se trata de la belleza irradiada por el ordenamiento estructural de lo verdadero y de lo bueno, no de la belleza facial sensitiva de una agradable presencia. Como lo

---

<sup>1</sup> Santo Tomás de Aquino, Suma de Teología 1 -2 , q. 141, a. 2.

<sup>2</sup> Pieper Josef, *Antología*, Herder. Barcelona 1984, pp: 92-93.

<sup>3</sup> Santo Tomás de Aquino, Suma de Teología, 1 2-2, q. 142, a. 4.

expresó Su Santidad<sup>4</sup>: “A diversos niveles, de hecho, emerge dramáticamente la separación, e incluso la confrontación entre las dos dimensiones, la de la búsqueda de la belleza comprendida aunque reductivamente como forma exterior, como apariencia que perseguir a toda costa, y la de la verdad y la bondad de las acciones que se llevan a cabo para realizar un fin”.

Jean Guitton<sup>5</sup> da sobre esto un buen testimonio al decir que “no hay idea más estúpida, que poner la belleza en singular, como de efervescencia juvenil. Y más todavía, el creer que conservar un rostro joven, es el único indicio de hermosura. La mujer cede también a este error sobre la belleza: pasa del estado de flor primaveral, al de estatua policromada. El arte de nuestros días y el de siempre, se nutre de uno y de otro matiz”.

Benedicto XVI extrae las consecuencias de la belleza aparente superficial, mostrando que separada de la verdad y la bondad, la belleza termina en un mero esteticismo y señala el mal que traería a los jóvenes, desembocar en lo efímero de una apariencia banal y superficial, o incluso, en una fuga hacia paraísos artificiales que enmascaran y esconden el vacío y la inconsistencia interior.

Su Santidad señala de esta manera, una de las máscaras de Nihilismo en el mundo contemporáneo; como bien lo explica Giovanni Reale<sup>6</sup>: “Uno de los mil rostros del Nihilismo, es la separación entre lo bello y el bien, en neto contraste con una intuición fundamental del pensamiento griego. El substrato cultural de esta convicción es atestiguado por la misma lengua que ha creado un término intraducible con exactitud para nosotros: *Kalokagathia*, que significa: belleza-bondad. La belleza que coincide con la verdad, es efectivamente medida, proporción, verdad, e, inclusiva, virtud (en el sentido helénico de perfecta actuación de la esencia de una cosa)”.

Sobre esto, dice Platón en el Filebo 64-65a.:

Sócrates: “... Privado de medida y proporción, todo compuesto de cualquier clase que sea y de cualquier manera que esté estructurado, corrompe sus componentes y corrompe él primero. Porque no es más entonces un compuesto, sino una real miseria para los seres donde se produce.

Protarco: Esto es verdad.

Sócrates: Nosotros vemos entonces que el poder del bien se ha refugiado en la naturaleza de lo bello, pues la media y la proporción realizan en todas partes la belleza y la virtud.

---

<sup>4</sup> Benedicto XVI, *Mensaje de las Academias Pontificias*, 25 de noviembre de 2008.

<sup>5</sup> Guitton Jean., *Cuando el amor no es romance*, Salamanca 1971, p. 68.

<sup>6</sup> Reale Giovanni, *La sabiduría antigua*, Herder, Barcelona 1995, pp. 132-133.

Protarco: Muy bien dicho.

Sócrates: Ahora bien, nosotros hemos dicho que la verdad se ha unido en el compuesto.

Las explicaciones anteriores muestran que la hermosura de la templanza tiene una cara más espiritual, más viril. Su fascinación no está reñida con la hombría, sino que le cuadra ésta con absoluta precisión. La templanza es el origen de toda verdadera valentía, la virtud es una madurez varonil.”

Como dice Pieper<sup>7</sup> a las personas no se les nota en la cara si son justas o injustas. Al revés ocurre con la templanza o el desorden. Ambos gritan su presencia desde cualquier manifestación exterior del sujeto; se asoman a su risa, a sus ojos. Se les nota en la manera de andar o de estar sentado y hasta en los rasgos de la escritura.

La templanza como orden de la esencia del hombre no puede ocultarse, como no se oculta el alma, mirada de lo que es vida desde dentro. Pues como el alma es la forma del cuerpo, salir a él y dejarse ver, es algo que pertenece a su esencia.

### C. La purificación del corazón

Es necesario detenerse especialmente en este concepto, porque la moderación libera y purifica, sobre todo esto último; produce limpieza interior. Explicar esto no es empresa fácil<sup>8</sup>, pero si uno llega a él a través de la idea de purificación, o sea, si se considera a la pureza como el trabajo de una purificación, pierde los resabios que la acompañan y que a veces se acerca al maniqueísmo. Vista la pureza desde aquí, nos ofrece su lado perfecto y una serie de posibilidades sin límite, diferenciándose profundamente de su sombra y de su doble, que es aquella otra pureza de tipo devocionario. Esta pureza bien entendida, es la que tiene ante la vista Juan Casiano en su doctrina de los Padres cuando dice que la templanza tiene como final y objetivo: un corazón limpio posible de ser alcanzado por un corazón esforzado, “para ello se ejercita en la soledad, el ayuno, la vigilia y demás mortificaciones” (10 *Collationes petrum* 1,4) y así amplía y profundamente entendía San Agustín la templanza, cuando ella que se había inventado para conservar al hombre intacto e incólume para Dios (11 *De moribus Ecclesiae*).

Nos preguntamos: ¿Qué es esa pureza total? Josef Pieper dirá: “Si nos atrevemos a describirla habría que decir de ella, que es un relacionarse con las cosas de una forma desprendida y transparente, una tesitura del alma tan compleja y tan sencilla como del propio yo. Algo así como la desnudez en que queda el alma cuando la ha sacudido un dolor

<sup>7</sup> Pieper Josef, *Prudencia y Templanza*, Rialp, Madrid 1969, pp. 220-221.

<sup>8</sup> Pieper Josef, Ob. Cit., p. 223.

tremendo, llevándola de un bandazo a las orillas de la nada; o algo parecido a aquello que se produce en nuestro mecanismo cuando ha pasado rozándonos la muerte.

La Sagrada Escritura nos tiene dicho: “La enfermedad grave hace al alma más razonable” (Eccli 31,2). Ese estado de serenidad es el que acompaña a la pureza. Esto es lo que quiere decir más o menos aquella frase de Aristóteles, la más disentida de las suyas, de que la tragedia produce una purificación: *Katarsis*”.

#### **D. Los frutos de la purificación**

“Sin miedo está la rosa  
sobre su tallo abierta  
e incommovible en su esperanza”.

Konrad Weiss.

Cuando la pureza ha alcanzado esa perfección y hermosura casi agresiva de la rosa, que se abre al sol y al aire, sin miedo a lo que pueda ocurrir, es ya algo más que el efecto de un trabajo de purificación. Eso lleva consigo la disposición interna de aceptar las purgaciones divinas, que serán terribles y quizá mortales, pero anheladas por un corazón esforzado, que se ha lanzado a la aventura de la esperanza para hacerse digno de una transformación vivificante. Ello nos da el sentido supremo de la moderación y la templanza<sup>9</sup>. Esa purificación irradia como belleza, fruto de la ascesis del alma en subida alpinista hacia la verdad de las cosas.

#### **E. Las exigencias de un corazón limpio**

Dice San Agustín: “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios muy insensatos son los que buscan a Dios con los ojos del cuerpo, sabiendo que sólo se puede ver con el corazón. Así está escrito en otro lugar: “Buscad al Señor con sencillez de corazón. Porque corazón limpio es lo mismo que corazón sencillo, y como es necesario tener sanos los ojos del cuerpo, para ver la luz natural, así no puede verse a Dios, si no está purificado aquello con que podemos percibirle”<sup>10</sup>.

Explicita en otro pasaje <sup>11</sup>: “Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuese sencillo o estuviese limpio, todo tu cuerpo estaría iluminado. Más, si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará obscurecido. Que si lo que debe ser luz en ti, es tinieblas ¿Cuán grandes serán?

<sup>9</sup> Pieper Josef, Ob. cit., p. 225.

<sup>10</sup> San Agustín, *Sobre el sermón de la montaña*, I, 2, 8.

<sup>11</sup> San Agustín, Ob. Cit, II 13,45.

(Mt. 6,22-23). Es necesario entender este pasaje de modo que nos penetremos bien de que nuestras acciones serán puras y agradables a Dios, si las hacemos con un corazón sencillo. Por consiguiente, debemos entender que el ojo significa la intención con que hacemos todo cuanto hacemos, la cual si es pura y recta y mira a aquello a lo que debe mirar, todas aquellas obras que hagamos en conformidad con ella, serán necesariamente buenas”.

Los “ojos” del corazón... el corazón no es ciego, el corazón es capacidad de visión. Según el dominico M. D. Chenu, en el lenguaje escolástico, corresponde al corazón” la voluntas ut natura”, en unión con el “intellectus”, es decir, la voluntad espontánea, vocera de la naturaleza, unida a la visión simple, ambas distintas de la deliberación y del razonamiento, ya sea anteriores, ya consecuente con ella <sup>12</sup>.

El corazón, la interioridad del alma, de la que hablaba Edith Stein: “El corazón es el verdadero centro vital. Designamos así el órgano corporal cuya actividad gobierna la vida del cuerpo. Pero es costumbre comprender por corazón, la interioridad del alma, puesto que manifiestamente es el corazón el que participa más fuertemente en lo que pasa en el fondo del alma, ya que es ahí donde se puede percibir claramente la conexión del cuerpo y del alma, más que en ninguna otra parte”. <sup>13</sup>

El corazón que participa de la vida del alma, es quién puede ver... Santo Tomás dice<sup>14</sup>: “(...) la belleza requiere tres clases de propiedades: primero, la integridad o perfección puesto que lo que está mutilado es feo; enseguida la justa medida o armonía y finalmente la claridad. Por eso se llaman bellas las cosas que tienen color brillante”.

La claridad es análoga a una luminosidad que se derrama sobre el ente y delata su origen divino. Parece que este término expresa el atractivo particular de la belleza: a saber, lo que conmueve al alma de una manera tan particular, y lo que quiere decir naturalmente el hombre cuando llama a una cosa “bella”. De igual manera comprendemos originalmente lo que es la verdad cuando conocemos originalmente lo que es la verdad y lo que es el bien, cuando nuestra tendencia se realiza, así también comprendemos lo que es la belleza cuando un resplandor toca nuestra alma.

Edith Stein muestra que este resplandor lo encontramos en el mundo sensible en cuanto rayo de la luz corporal misma; sin él, toda belleza sensible nos quedaría escondida, así como la variedad de los colores y el encanto de las figuras corporales. Pero este resplandor no está ligado al mundo sensible. Existe una belleza espiritual: la belleza del alma humana, cuya

<sup>12</sup> Chenu. M. D., cfr. su artículo en “Le Coeur”. Etudes Carmelitaines”, 1950.

<sup>13</sup> Stein, Edith, *Ser Finito y Ser Eterno*, F.C.E., México 1996, p 451.

<sup>14</sup> Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, 1, q. 39, a. 8, c.

“conducta o acciones están ordenadas armoniosamente según la claridad espiritual de la razón (*Suma de Teología* 2 – 2, q. 145, a. 2, c.)<sup>15</sup>.

### **G. La belleza y el bien**

Giovanni Reale <sup>16</sup> explica que lo Bello resulta ser una especie de resplandor o de centelleo luminoso con el que el Bien se deja ver y nos atrae.

Al decir esto, muestra como Georg Gadamer ha valorizado desde el punto de vista de su hermenéutica, esta tesis platónica: Lo Bello como resplandecer sensible de algo suprasensible es, por su naturaleza, aquello que es más manifiesto y, por esto, estructuralmente relativo.

Por lo tanto, en las páginas finales de su obra maestra <sup>17</sup>, Gadamer concluye: “La luminosidad del aparecer no es, pues, sólo una de las propiedades de lo bello sino que constituye su verdadera esencia. La característica de lo bello por la cual éste atrae inmediatamente sobre sí mismo el deseo del alma humana, se funda en su mismo ser. En cuanto estructurado según la medida, el ente no es sólo aquello que es, sino que hace aparecer dentro de sí una totalidad medida y armónica en sí misma. Este es el descubrimiento (*aletheia*) perteneciente a la misma esencia de lo bello sobre el que Platón habla en el Filebo. La belleza no es sólo la simetría, sino el mismo aparecer que se funda sobre ésta. Esta tiene la naturaleza del resplandor. Resplandor no obstante, significa brillar sobre algo como el sol y, por lo tanto, aparecer a su vez, en aquello sobre lo que la luz logra posarse. La belleza posee el modo de ser de la luz”. Al terminar de citar esto, Reale muestra que “frente a la profanación de la belleza a la cual asistimos en todo nivel y a su consiguiente olvido en sentido nihilista, podría buscarse en Platón una cura decisiva para este gran mal”. Para ello, termina afirmando que “habría que redescubrir la dimensión ontológica de lo bello y así volver al escalofrío metafísico que provoca la auténtica fruición de la belleza”<sup>18</sup>.

María del C. Fernández

---

<sup>15</sup> Stein, Edith, Ob. cit. p. 340.

<sup>16</sup> Reale, Giovanni, Ob. cit., pp. 145 – 146.

<sup>17</sup> Gadamer, Hans G., *Verdad y Método*, tr. it. Bompiani. Milán 1983. p. 459.

<sup>18</sup> Reale, Giovanni. Ob. cit. p. 146